

## Obispo Francisco Valdés Subercaseaux

Corría el año 1919; era costumbre en el Colegio de los Sagrados Corazones, que en clase de gimnasia los alumnos por secciones, fueran encomendados a un brigadier que terminaría ese año su formación humanística. Me designaron a un grupo de chicos traviosos y simpáticos, entre los cuales se destacaba Maximiano Valdés por su agilidad para el salto. Para mí fue un agrado colocar en el pecho del futuro atleta una Medalla de Honor como el mejor alumno de gimnasia de su curso.

¡Quién había de pensar que muchos años más tarde el brigadier y el alumno serían llamados al Sacerdocio, al Episcopado y que nuestra amistad, nacida hacía tantos años, se tornaría íntima al laborar en Diócesis colindantes!

El pequeño Maximiano desde muy chico se formó en la escuela de sus distinguidos abuelos Don Ramón Subercaseaux y Doña Amalia Errázuriz, formación completada directamente por sus padres Horacio y Blanca.

En la vieja casona del barrio de San Miguel, se cultivaban las artes como la música, el canto, la pintura y la literatura, pero el muchacho sentía una intensa inquietud que lo llamaba al apostolado, lo que realizó ingresando a la Orden Capuchina en Baviera donde tomó el nombre de Francisco. Concluidos sus estudios filosóficos en la Universidad Gregoriana de Roma, donde obtuvo su título de doctor, estudió Teología en Elschadt y en Venecia donde recibió la Unción Sacerdotal en 1934.

Llegado a Chile, el Obispo Vicario Apostólico de Araucanía, lo designó Misionero y Párroco, labores que ejerció con gran constancia y celo apostólico.

En 1956 fue elegido como Primer Obispo de Osorno donde permaneció por más de veinticinco años, hasta la fecha de su fallecimiento. En esa joven Diócesis, se hizo como Cristo "todos para todos, con el fin de llevarlos a todos al Padre de los cielos. Recorrió su Diócesis innumerables veces no dejando ningún rincón sin visitar, donde llegaba a pie, cabalgando o en su modesta camioneta que él mismo manejaba.

La ciudad de Osorno le debe a él, entre otras obras, la construcción de la bellísima Catedral de estilo gótico, recientemente terminada donde puso todo su esfuerzo, refinado gusto artístico y laboriosa dedicación, viajando muchas veces a Alemania —cuyo idioma dominaba perfectamente— para interesar a los fieles de esa nación en beneficio de la obra que realizaban los escasos operarios del país.

Los cortos renglones de un artículo periodístico impiden profundizar la personalidad tan destacada como fue la del obispo que recordamos con profundo afecto, pero sí, debemos decir que monseñor Valdés fue amado por los miembros de su grey y profundamente respetado por los que no pertenecían a ella. En su persona modesta, cubierto su débil cuerpo con el sayal franciscano, llevando sus pies descalzos aun en pleno invierno, predicaba con su ejemplo la austeridad, a la cual unía su espíritu de oración que lo completaba como "hombre de Dios".

Sus habilidades para la pintura le hicieron transformar con exquisito gusto, el taller que por largos años ocupó el escultor Peter Horn en un atrayente Santuario de oración. Pintó el magnífico Crucifijo que hermosea la Catedral de Puerto Montt y el tríptico que adorna la capilla San José de la Mariquina.

Se dice que la figura de Jesús, a semejanza de aquellos artistas de la Edad Media, sólo la pintaba los días viernes después de ayunar y de orar.

Los que conocimos íntimamente a monseñor Valdés a través de su vida austera, de su carácter reservado, podemos afirmar que tenía un corazón lleno de amor a todos, especialmente a los pobres a quienes sirvió con ejemplar dedicación.

También se preocupó de la juventud estableciendo colegios, trayendo a su Diócesis congregaciones religiosas educacionales y abriendo en beneficio de los pobres el hospital de Pucón donde expiró.

En su vida se hace práctica la sentencia bíblica: ¡"qué distintos son los caminos de Dios a los de los hombres!" él ansiaba al terminar su gobierno episcopal dentro de dos años, recluirse en un monasterio de Trapenses. El Señor no lo quiso; recompensándole ese deseo de mayor austeridad y perfección con la posesión anticipada del cielo.

Al obispo Valdés podría aplicársele aquella frase bíblica: "No ha muerto, sólo está dormido", ya que continuará enseñando a sus sucesores, a sus diocesanos y a los que tuvimos la dicha de gozar de su amistad, que fue un hombre ejemplar cuyo recuerdo quedará siempre vivo en los anales de la Diócesis de Osorno.